



<p>SE PUBLICA</p> <p>UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p> <p>AÑO I.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CASTELAN, BÄRCIA, ÖRRENSE, PI Y MAROALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARITTI, CALÄ, CÖRDÖVA, SANCHEZ RUBEN, PRU-NEDA, ALTADILL, ZAPATA, TESERERA, ESTÖVÄNÖZ, SOLEN, RESCADO, LOZANO, SANTIS, AYER, VÄLDÖS, FLORES, LA PUENTE, MINOÜRT, SIERRA, COLL, PINEDO, ÄLMIPALL, RUBAU, LÖSTAU, CLAVÖ, RISSA, CARRION, ÖTO.</p> <p>DIRECTOR,</p> <p>Enrique Rodríguez Solis.</p> <p>MADRID 22 DE OCTUBRE DE 1871.</p>	<p>EDITORES</p> <p>J. CASTRO Y COMPÄNIA.</p> <p>ADMINISTRACION: Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p> <p>NÜM. 19.</p>
--	---	---

SUMARIO.

TEXTO.—El auto de fé, por Roque Eñría.—Derechos del obrero; las Huelgas, por I. Sastre.—España en América, por Manuel Elizaburu.—Manuel Gonzalez Hernandez, por José Maria Diez.—Los reyes se van, por Matilde Cherner.—Estudios biográficos, por Javier Alvarez Linde.—Trasiego y conservación del vino, por Nazario de Josa.—Cantares, por N. Estévez.—Despacho de carne de caballo en París.—El pregonero (tipos de Aragón).—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solis.

GRABADOS.—El pregonero (tipos de Aragón).—Manuel Gonzalez Hernandez.—Despacho de carne de caballo en París.

EL AUTO DE FÉ.

IV.

Terminé el anterior artículo ofreciendo plantear la cuestión pendiente según el criterio de la historia.

Adoradores de la primitiva barbarie, oídos ahora y contestad después.

Voy á probaros que sois idólatras de las sabandijas, de las musarañas, de las culebras, y es necesario que respondáis. No responder en tales cuestiones, es morir. Oid ahora. Contestad luego.

Los primeros hombres adoraron la materia ruda en los volcanes, en las montañas, en las serpientes.

Los ídolos de esta primera edad, las divinidades de aquellos primeros hombres, eran figurillas de barro llamadas *fetiches*, que ahora se pronuncian *fetiques*.

Esta es la época, la generación, la edad religiosa que en la historia se llama *fetiquismo*.

Esta edad es el tiempo de los DIÖSES BÄRBAROS.

Los hombres adoraron después la misma materia, pero no ya en sus fuerzas rudas, sino en sus relaciones elementales: es decir, en el aire, en el agua, en la tierra, en el fuego.

Esta segunda edad, este segundo hombre religioso, esta segunda historia de la vida viajó infinito: la montaña se convierte en astro; la culebra se torna en sol.

En este período nacieron el Isis y el Osiris de los egipcios, rodeados de aquellas mágias, de aquellas adivinaciones, de aquellos horóscopos, que no eran más que la *religion de las estrellas*, las profecías de sus nuevas divinidades.

Esta época es la que se conoce en la historia con el nombre de *sabeismo*; ese sabeismo que encierra toda la civilización egipcia, comunicada inmediatamente á los judíos y á los griegos, después á los romanos, más tarde á nosotros.

Nosotros, sin saberlo, somos sabeístas, somos egipcios, somos hechiceros, sin quererlo ser.

Nosotros tenemos la palabra gentil *empíreo*, que significa *region de luz, lugar resplandeciente, mundo de fuego*, que era la gloria de los gentiles.

Tenemos la palabra *pira*, *purgatorio*, *purificar*, derivadas del griego, *pyros*, *fuego*; *calórico*, *esencia vida*, tradiciones egipcias que penetraron en la mitología griega.

Tenemos la palabra *holocausto*, que significa *todo quemado*, refiriéndose á ciertas ceremonias religiosas de los

judios, los cuales tomaron esas prácticas de la edad sa-beísta.

Tenemos la palabra *gehenna*, que leemos en los cuatro evangelios, la cual alude al bautismo de fuego que *purificaba* á las criaturas judías, sin cuyo bautismo hubieran pasado por *gentiles*, que vale tanto como si entre nosotros dijéramos *herejes*.

La *gehenna*, el bautismo de fuego, se extendió después á las penas futuras, y de aquí provino la absurda, la monstruosa creación de una satánica eternidad que llamamos infierno, página negra de la segunda Biblia, horrible infortunio de las generaciones cristianas.

El infierno es la eternidad de Lucifer.

El infierno es la divinidad del demonio.

El infierno es el primero de todos los monstruos imaginables.

La *gehenna* viene á significar una barbarie de los egipcios, introducida en el Evangelio por una emigración incomprensible de las religiones, de los siglos, de las ideas.

El sabeismo es el período de los DIOS MAGOS.

La barbarie de los dioses primeros se convirtió en magia de los dioses segundos.

Los hombres adoraron después á un Dios esencial, invisible, uno, eterno, creador y regulador de todo lo existente; pero nacional, patriótico, israelita, patrimonio del pueblo escogido, mandado creer y guardar como ley de Estado y como capítulo de dogma.

Los dioses de otras razas llevaban el nombre de *Dioses extranjeros*, que vale tanto como si dijésemos *dioses barbaros*, y sus secuaces morían á pedradas.

Este Dios uno, esencial, patriótico, guardian del reino del Señor, que á veces se olvida de ser Dios, pero que no se olvida nunca de ser rey; un rey fanático, despótico, inflexible, que apedrea, que tala, que quema, que pasa á cuchillo; que todo lo discurrir, que todo lo dice, que todo lo hace, que todo lo dispone, que lo manda todo; hasta la manera de colocar el alero de los tejados; hasta elegir el color propio de los ribetes que debían llevar en los trajes; hasta especificar que se consagraran al Señor la *telilla del hígado* y los *riñoncillos* de los carneros y de las ovejas; hasta establecer y determinar que los soldados israelitas tenían que alejarse cuarenta pasos del campamento; llevar una vara en el cinto; cavar con ella un hoyo; depositar allí lo que no es decente expresar; volverlo á cubrir con la vara, como hacen los gatos con las uñas, y marcharse en seguida á sus tiendas contentos y tranquilos, después de pagar aquel tributo á las miserias corporales: este Dios, que pasa por rey; ó este rey que pasa por Dios: este Dios, que piensa en las tejas y en los aleros, en el color de los ribetes, en el campamento, en la vara, en el cinto, en el hoyo, hasta en los *secretos menesteres* de sus vasallos: este Dios, que piensa en los riñoncillos y en las telillas de los hígados, porque sin duda el Pontífice Aarón, hermano de Moisés, era aficionado á las telillas y á los riñoncillos de las ovejas ó de los carneros: este Dios, vuelvo á decir por cuarta ó quinta vez, es la creación principal de la edad hebrea, y una de las conquistas más importantes que registra la historia del mundo.

Y el lector dirá: pero ¿puede darse importancia á ese Dios que se acuerda de las *telillas* y de los *riñoncillos*?

¡Un Dios que habla de riñoncillos y de telillas!

Si; puede y debe darse una gran importancia, una importancia inmensa, á ese Dios que habla de telillas y de riñoncillos.

Puede y debe darse esa importancia, porque la tiene y debe tenerla en los anales de la humanidad.

Ese Dios que se acuerda de los *riñoncillos* de los carneros; ese Dios que habla de las *telillas* de las ovejas; esta tercera edad, ESTE TERCER HOMBRE, esta tercera mutación de la vida, este tercer drama que se representaba en toda la tierra, es lo que se conoce en la historia con el nombre de *espiritualismo hebreo*.

El viaje de estos nuevos siglos es sumamente largo, sumamente difícil, sumamente maravilloso; el más maravilloso, el más difícil, el más largo de todos los viajes que, hasta entonces, había emprendido el alma del mundo hacia las futuras verdades de conciencia, hacia las misteriosas revelaciones del espíritu, hacia los insondables destinos del dogma.

El fuego se convierte en espíritu.

El sol se convierte en *Jehovah*.

La idolatría, que se había apoderado de todo el tiempo, no cuenta ya sino con un día á la semana: el *sábado*.

Aquella idolatría que se había hecho dueña de todos los lugares, desde el principio de la creación, no tiene ya más que unos cuantos palmos de nuestra vivienda; unas cuantas varas de nuestro globo: el *tabernáculo*.

Aquel Dios que hablaba de telillas y de riñoncillos; el Dios de los ribetes y de las tejas; el Dios de la vara y del hoyo; aquel Dios que así es legislador ó sábio como agente de policía, entra en nuestra casa, se sienta á nuestra mesa, vive con nosotros, con nuestros padres, con nuestros hermanos, con nuestras mujeres, con nuestros hijos; *se hace familia nuestra*, y nos pone á todos en posesión de la herencia grande; una herencia natural ó divina: natural, si hay naturaleza: divina, si hay Dios: la herencia universal que se llama tiempo y espacio.

Aquel rey-Dios, ó aquel Dios-rey nos da casi todos los siglos.

Nos da casi todas las tierras.

Nos da casi toda la vida.

Esta vida no tiene ya más que un solo límite: *Jehovah*.

Aquellas tierras no tienen tampoco más que un confin: el *Tabernáculo*.

Aquellos siglos no tienen más que un término: el *Sábado*, el día de reposo, lo que nosotros llamamos *Domingo*, tomado de *dominica*, día consagrado al Señor.

Fuera del Sábado, del Tabernáculo y de Jehovah, todo el tiempo, todo el espacio, toda la vida, pertenece al hombre.

El hombre se pone en lugar del ídolo que antes ocupaba toda la vida, todo el espacio, todo el tiempo.

Hasta entonces éramos huéspedes, éramos transeúntes, éramos bohemios en este planeta que ha sido creado para nosotros, y cuyo patrono absoluto, cuyo señor inexorable, cuyo amo terrible era un tirano universal que se llamaba idolatría, ora se formulara en una serpiente, ora en un mono, ora en un astro, ora en un fe-tique.

Desde entonces, desde *Jehovah*, desde el Dios-rey ó desde el rey-Dios, la familia humana tomó posesión del universo.

Allí empieza el hombre, y por eso vemos que allí empieza la historia.

¡Sí, generaciones humanas! Allí principian la historia y el hombre.

¿Sabeis lo que es *principiar el hombre y la historia*?

¿Sabeis qué significa *ese amanecer*?

Yo conozco que es muy extraño el que un Dios sea rey, ó un rey sea Dios: conozco y confieso que es muy singular el que un Dios nos hable de hoyos, como un sepulturero; ó de tejas, como un albañil; ó de ribetes, como un sastre; ó de riñoncillos y tellas de hígados, como un cortador: yo conozco esto; lo declaro así; pero también conozco, y así lo declaro, que es muy importante que ese Dios singular nos diese lo que en realidad nos dió: un tiempo, un espacio y un libro.

Quemad ese libro; quemad ese espacio; quemad ese tiempo, si podeis, y decidme después qué queda en el mundo.

¡Así se explica la poderosa civilización de la raza hebrea!

No fueron los milagros del monte Oreb; no fueron las visiones y las llamas del Sinaí; no fueron las mágnas del legislador israelita los resortes que produjeron el avance increíble de aquella improvisada generación: fueron las tres conquistas del espacio, del tiempo y del libro.

Fueron el tabernáculo, el sábado y la Biblia.

Fueron Jehová, el hombre y la historia.

Y ¡dice Tailleyrand que Moisés era un zahorí, un mago egipcio, un pobre embustero!

¡Ah! Parece imposible que un hombre de la talla de aquel escritor desconozca de esta manera cómo se ha formado la humanidad de todos los siglos.

Parece imposible que ignore de esta suerte los grandes arcanos que son el espíritu del mundo, el alma de todo; también el alma de Tailleyrand; aun cuando esa alma está triste, como lo debe estar la conciencia de los ingratos.

¡Un pobre embustero! Ese embustero es la figura más colosal que ha visto la tierra, hasta que otro géneo nació en Belén.

Hasta el nacimiento de Jesús, ningún nacido de mujer había sido tan grande como el *magó egipcio, como el zahorí*, porque ninguno había causado tan grande mutación, un cataclismo tan portentoso, una catástrofe tan natural ó tan divina en el destino de las naciones.

Ninguno fué causa de una revolución tan grande en los misterios de la vida; y digo *misterios de la vida*, porque ha de saber el sábio Tailleyrand que la primera revolución del hombre (la primera de todas) es la revolución de los misterios.

Si Tailleyrand viviese, yo le diría: «Sr. Tailleyrand, con vuestro permiso os anuncio que si aquel *zahorí* no hubiese pisado nuestro planeta, el gran escritor Tailleyrand no podría escribir, porque sin Moisés, no hay Jesucristo; y sin Jesucristo y sin Moisés, sin Génesis y sin Evangelio, sin Jehová y sin Cruz, el sábio Tailleyrand no tendría tiempo, ni espacio, ni libro, ni alma, ni vida.

¡Llamadle *magó egipcio, sábio escritor*, que no habeis aprendido lo que ha pasado en nuestra casa, en la tierra del hombre!

¡Insultadle ahora; insultad lo que no conocéis, porque no lo habeis estudiado!

¡Insultadle ahora, porque habeis querido ser sábio y célebre antes de saber y estudiar!

¡Insultadle después de tantos siglos, sábio escritor!

¡Pagadle así, Sr. Tailleyrand, mientras que un ignorante, un español humilde, oscuro trabajador en el taller del hombre, visita hoy vuestro campo-santo y os saluda en vuestro sepulcro!

Pasó la tercera edad religiosa.

Un hombre camina por tierra de Samaria. No lleva nada en la cabeza; va descalzo y una sencilla clámide cubre sus hombros.

Sus compañeros se han dirigido á la ciudad con el fin de buscar que comer, y él queda solo en aquellos campos.

Tiene sed y se acerca á una fuente, llamada de Jacob, en ocasión en que una mujer iba por agua.

El hombre la saluda y la mujer le dice:

—¿Cómo es que siendo tú judío, hablas conmigo que soy mujer samaritana? Tú debes saber que á los judíos no es permitido hablar con los samaritanos.

Aquel hombre la miró de un modo que quería decir:

—¡Oh mujer! Tú ignoras con quién hablas; tú no sabes por qué viajo, ni por qué vivo, ni lo que me trae. Yo no soy judío, ni samaritano, ni griego, ni persa, ni macho, ni hembra, ni siervo, ni libre.

Yo soy deudor á inocentes y pecadores, á griegos y á bárbaros, porque Dios llueve sobre malos y buenos.

Yo soy deudor á toda criatura humana; y si algo debe en este mundo aquella criatura, que me lo apunten en mi cuenta.

Yo no duermo, ni bebo, ni cómo, ni ando, ni me páro, ni vivo, ni muero.

Yo soy un suspiro de la tierra, como la flor que se marchita es un suspiro de los prados; como el lirio que muere es un suspiro de los valles; como la palmera que cae es el suspiro de los desiertos.

Yo soy la despedida de los muertos y de los vivos, como el sol que se pone es la despedida de la tarde.

¿Quieres tú algo para allá ¡oh mujer de Samaria!

Esto quería decir Jesús cuando miraba á la mujer, pero la mujer no le entendía.

La Samaritana diría para sí: ¿Quién será este hombre que camina solo, á pie, en medio del día, haciendo calor, destocado, descalzo, sin capote, sin báculo, sin faja, sin alforja, quizá sin dinero?

¡Qué grande fué Cristo en toda la tierra! ¡Qué grande fué en la Cruz! ¡Qué grande era allí, al pie de la fuente de Jacob, hablando con la pobre mujer de Samaria, revelándola toda la ciencia que sabía el mundo, que sabían sus apóstoles, que sabían sus evangelistas y que sabía él!

¡Qué grande, qué inmenso era allí Cristo!

«Mujer, óyeme, porque la hora se acerca. Sabes que en ese monte de Samaria hay un ídolo; sabes que en la ciudad de Jerusalem hay un templo. Pues yo te anuncio que llegará un día en que ni en ese monte ni en Jerusalem se adorará al Padre, porque Dios es espíritu, y aquellos que le adoren, han de adorarle en espíritu y en verdad.»

Las últimas palabras del Nazareno son las más trascendentes, las más sabias, las más religiosas y

las más bellas que ha pronunciado boca de hombre.

Ya no hay tabernáculo ni sábado.

Ya no hay materia.

Ya no hay mentira.

Hay verdad y espíritu.

La ley se torna en gracia.

El mandato, en conciencia.

El hombre viejo, en hombre nuevo.

Moisés, en Jesús.

Israel, en humanidad.

¡Creación portentosa! ¡Trasformación sublime!

Por la primera vez de la vida, el mundo tiene un ente divino.

Esta cuarta era, este cuarto Calvario, esta cuarta Pasión, esta cuarta Cruz de la tierra, esta cuarta estación del hombre es el período que conocemos en la historia con el nombre de *espiritualismo cristiano*.

Esta edad es indudablemente la que logró hacer un viaje más largo en el camino de la vida.

El saheismo arrancó la materia bruta, el volcan, y lo llevó á los astros.

El espiritualismo hebreo arrancó los astros, y los sujetó con un mandamiento de una raza.

El espiritualismo cristiano rompió el mandamiento de aquella raza, y se lo dió al albedrio del hombre.

Los fetiquistas se detienen al pié de la montaña ó de una serpiente.

Los saheistas llegan á los astros.

El espiritualismo hebreo llega á un Dios impuesto, un Dios esclavo, el Dios de Moisés.

El espiritualismo cristiano llega á un Dios de espíritu y verdad, un Dios libre, el Dios de la conciencia, el Dios de las almas, el Dios de todos, el Dios del universo.

Adoradores de las antiguas idolatrías, venid y contestad.

Primero, la materia ruda.

Despues, la elemental.

Despues, el Dios del mandamiento.

Despues, el Dios del albedrio.

¿Hallais aquí la perversion sucesiva del mundo?

¿Hallais aquí la paulatina degradacion del sér humano?

¿Hallais en todo esto ese fatalismo gentil, esa ciega supersticion, esa impiedad atea que todo lo mata?

¿No divisais al hombre perfectible?

¿No veis á ese hombre que deja á la serpiente en las soledades del Asia, que sube á los astros en Egipto, que sube á *Jehovah* en Israel, que sube á Dios en el espíritu y en la verdad del Monte Calvario?

¿Cómo! ¿Es peor Jesucristo que Moisés? ¿Es peor Moisés que la magia egipcia? ¿Es peor esta magia que la idolatría de los monos y de las culebras?

Segun vuestro ateismo, la idolatría de las culebras y de los monos era inmensamente más religiosa y más moral que un Cristo enclavado en una Cruz por la redención de los hombres, tambien por la vuestra. ¡Bien le pagais!

Una culebra, un mono, una mosca, un escarabajo (que tambien el escarabajo fué un Dios del fetiquismo): un escarabajo, vuelvo á decir, es más que Cristo para vosotros.

¡Un escarabajo es más que Jesús!

¡Ah! Y ¿teneis valor para llamaros hombres?

Y ¿teneis valor para llevar el nombre de cristianos?

Ese nombre no os pertenece. Vosotros debírais llamaros fetiquistas, adoradores de las culebras, de los monos, de los sapos y de las moscas, que tambien las moscas y los sapos fueron divinidades de vuestra primitiva, de vuestra perfecta, de vuestra santa religion.

Pero atended; oid; no hemos concluido.

Esas cuatro edades religiosas, esas cuatro trasformaciones de las creencias, esos cuatro linderos que dividen el globo, esas cuatro pilstras sobre las cuales se suspende la enorme fábrica del mundo, las hallamos del mismo modo en la Historia sagrada.

La vida tiene en las Escrituras las mismas mutaciones que en la historia del mundo.

Podeis negar, si os acomoda, la historia del hombre; pero ¿osareis negar la historia de Dios, ese mismo Dios en cuyas aras habeis quemado á nuestros padres?

Continuaré en el número próximo, porque es necesario continuar hasta concluir.

ROQUE BÁRCIA.

DERECHOS DEL OBRERO.

LAS HUELGAS.

Con estas bases podemos asegurar que en Agosto de 1870 la Sociedad Leclair y Compañía contaba con 59 operarios que trabajaban en comandita de sus principales, siendo el número de obreros que en dicho año habia, 148. La sociedad, floreciente por demás, no ha visto encausado ni aun por faltas leves á ninguno de sus coasociados, ni una sola reclamacion se ha levantado en aquellos talleres modelos.

Otro ensayo de origen personal conocemos, que queremos citar, y será el último: nos referimos al de Mr. Briggs.

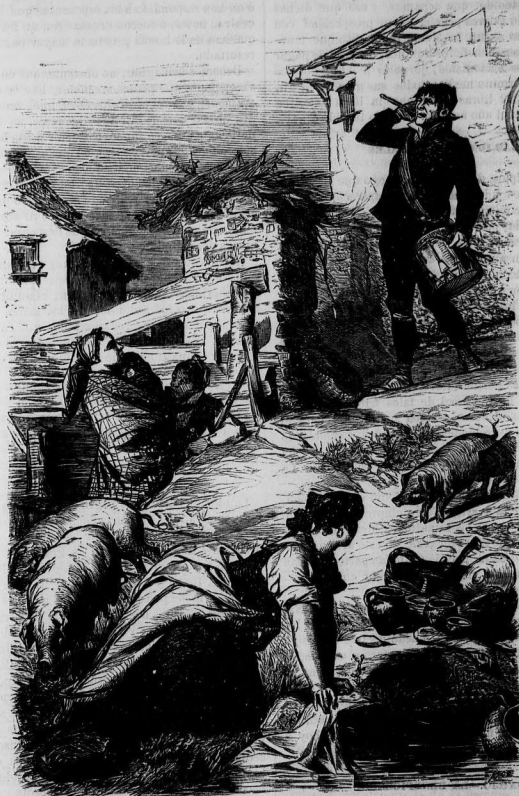
Este hábil director de las minas de carbon de piedra del *South Yorkshire*, tituladas *Whitwood and Methley Junction*, no pudiendo hacerse entender ni de los accionistas (patrones en miniatura) de las minas ni de los trabajadores en ellas empleados, convencido de que *paro tras paro* vendria la miseria al país y la desolacion á las miserables chozas de todos los obreros, propuso á los propietarios de las minas y á los obreros en ellas empleados estudiar un medio que resolviese todas las dificultades. Afortunadamente fué revestido de completos poderes por una y otra parte (y decimos afortunadamente porque su remedio no pareció luego bien á los accionistas, teniendo los tribunales ingleses que intervenir en el asunto y convertir en ley lo hecho por Briggs), los cuales dieron el resultado siguiente:

Considerando el trabajo de los mineros como un capital, tan respetable al ménos como el aportado por los accionistas, acordó, sujetándose al criterio de *igualdad*, que los salarios de los obreros se equiparasen á un 10 por 100 del valor de las acciones. Ahora bien; considerando que ese 10 por 100 era igual al salario reportado por el obrero, dado que accionistas y obreros estaban en idéntica situacion, con idénticos derechos y con idénticos deberes, acordó que el total de los beneficios á fin de

año fuese distribuido equitativamente con arreglo al tiempo de trabajo empleado por cada obrero en dos partes enteramente iguales, una que llamaba *bonus*, que se entregaba al accionista además de su 10 por 100, y otra

que se entregaba en metálico ó se le guardaba en la Caja de los mismos al operario, el cual la recibía además de los salarios percibidos.

Del reglamento que Mr. Briggs hizo, debemos hacer



EL PREGONERO.—(TIPOS DE ARAGON).

conocer un artículo, que es el que se refiere á que todo obrero que hubiese economizado diez libras esterlinas (240 pesetas), puede convertirlas en una acción de las minas del *Whitwood*. Este artículo, que fué el que más

excitó la bilis de los antiguos accionistas, fué rudamente combatido, alegándose que el obrero percibiría no solo su salario, sino que también el 10 por 100 de accionista, y lo que es más aun, no solo el tanto de benefi-

cios del obrero interesado en las minas, sino que también el *bonus*, ó sea tanto de beneficios, que era el privilegio de los capitalistas.

El remedio de Mr. Briggs ha llevado también la paz y la prosperidad al sitio donde se ha aplicado; pero imitadores no ha tenido, que sepamos, y eso que dichas minas han dado tal vez prueba de su prosperidad con tal sistema, que según la Memoria de 1868 que tenemos á la vista, sus beneficios líquidos, después de pagar intereses de los accionistas, jornales á 3.612 obreros diariamente (término medio), todos sus gastos, en fin, le sobraron 27.312 libras esterlinas (la libra esterlina vale 24 pesetas); el año anterior produjo líquido 20.417.

LAS JUNTAS SINDICALES.

Desde principios de este siglo, luego que las jurandas, los gremios y las maestras desaparecieron, después que se operó la emancipación política del hombre, se pensó por todas partes en regularizar en cuanto fuera posible la existencia social del obrero. Bélgica quizás, antes que nación alguna, se ocupó preferentemente de este negocio, encomendando á un *Conseil de Prud'hommes* la resolución de los asuntos que de todo taller, de todo trabajador tuviesen origen. Estos *Consejos de hombres buenos* empezaron allí á funcionar en 1803, pasando á sus vecinos los franceses en 1818, vistos los buenos resultados que allí dieron. Inútil creemos decir que hasta 1848 no se había ideado cosa mejor que las tales juntas y que estas se difundieron por casi toda Europa.

De otra parte la necesidad de tales tribunales—permítasenos esta calificación—estaba justificada. Para el obrero, para sus necesidades ó exigencias, considerado como trabajador, no ha habido ni hay tribunal, no ha habido personalidad bastante á resolver sus cuitas. La necesidad de estos *Consejos* estuvo, pues, justificada.

Pero vino el desarrollo y propagación de la ciencia, vino en creciente la avaricia de los empresarios y llegó un día en que ni operarios ni patrones hicieron caso de las tales Juntas, que en el epígrafe de este artículo hemos llamado *sindicales*, porque en todas partes estaban formadas de síndicos nombrados por la entidad gubernativa.

En 1848 estas Juntas recibieron el golpe de gracia, empezando á desaparecer, vista su inutilidad. En las Juntas sindicales, no obstante, puede decirse que estaban vinculadas las esperanzas de los eternos explotadores del obrero. Las Juntas sindicales murieron, y entonces fué cuando se iniciaron los remedios que de Kettle, Mundella, Jordis, etc., dejamos reseñados. Hoy día, sin embargo, es de todo punto imposible su reaparición; tuvieron razón de ser á principios de este siglo, hoy á nada conduciría el plantearlas nuevamente.

EL AUXILIO.—LA BENEFICENCIA.

Vamos á cerrar la tercera parte de nuestro trabajo diciendo algunas, aunque pocas, palabras sobre el tema que nos sirve de epígrafe.

Para contrarrestar la planta obrera, para imposibilitarla de la protesta, de la exigencia, se han ideado y planteado medios mil, que si bien no descendemos á detallar, pueden resumirse en un mezquino *auxilio*, en

una hipócrita *beneficencia*. ¿Qué otra cosa son si no los Bancos de crédito popular, los barrios de obreros, las asociaciones de mejoramiento de los mismos, las de socorros á trabajadores, etc., etc.?

Todas estas instituciones, con muy ligera excepción, ó no han respondido á las esperanzas que hicieron concebir al nacer, ó fueron creadas con un fin bastardo, de que han dado buena prueba la mayor parte con su mal resultado.

Debemos consignar, no obstante, que entre las pocas excepciones que podemos señalar, hay la de la *Société malthousienne des cités ouvrières*, que, creada con fondos de los mismos obreros al nacer, ha logrado desde 1865, en que se fundó, construir hasta la fecha sobre setecientas pequeñas casas, en que están, si no cómoda, al ménos higiénicamente alojadas más de seis mil personas. Esta sociedad logró aportar con su crédito capitales, con los que ha realizado el milagro de crear setecientos propietarios que meses antes ni aun una choza tenían de su pertenencia en que descansar de las rudas faenas del trabajo.

Alguna que otra excepción más podríamos señalar; no lo hacemos, no obstante, porque nuestro objeto ha sido solo hacer mención de que ni el *auxilio* ni la *beneficencia* son los antídotos de los males sociales del obrero, por más que reconozcamos que en la vida del hombre, individualmente considerado, son la *beneficencia* y el *auxilio* los que más de una vez enjugan sus lágrimas.

(Se concluirá.)

I. SASTRE.

ESPAÑA EN AMERICA.

I.

La idea que llena las páginas de la vida de los pueblos, y cuya historia puede considerarse como la historia de la humanidad, idea que ha sido acariciada por la prodigiosa fantasía de todos los grandes poetas, desde Homero hasta Dante y desde Dante hasta Byron y Shakespeare, Hugo y Lamartine; que ha sido alimentada con la sávia del pensamiento de los más grandes filósofos, desde Sócrates hasta Abelardo y Rousseau, y desde Rousseau hasta Kant y Krause; que ha sido predicada con ardiente entusiasmo por los más grandes oradores, desde Demóstenes hasta Cicerón, y desde Cicerón hasta Mirabeau y Vergniaud, Argüelles y Galiano, y que ha sido fecundada con la sangre de los más generosos mártires, desde el último oscuro soldado que sucumbió al lado de Leonidas allá en los desfiladeros de las Termópilas, donde reposan bajo una sencilla inscripción las cenizas de aquellos sublimes trescientos espartanos, hasta el mismo Dios, que baja de su sagrado trono para hacerse hombre, sacrificarse en el Gólgota y contemplar luego su obra de redención rompiendo el cielo con su mirada, es la idea de *Libertad*, que, como nos atestigua la inflexible ley del progreso, no tardará en orear con su aliento vivificador estos cinco montones de tierra caídos de las manos de Dios desde la inmensidad de sus alturas en la inmensidad de los mares, que envuelven como en una faja este tembloroso planeta, que rueda incansante á través del infinito vacío del espacio.

La realización de esa idea, que repetimos está llamada á ser un hecho en todos los continentes en virtud del poderoso movimiento de la civilización, concierne más especialmente á esas grandes individualidades que se llaman naciones, las cuales responden de su lamentable proceder ante el fallo del porvenir, á quien sacrifican, cuando se atreven á trabajar en poner díque á la corriente de las ideas, que entrañan en sí la vida venidera.

Entre esas naciones que tienen importantísimos hechos que cumplir en el tiempo é irreducibles compromisos con la libertad, se encuentra España, á quien un dedo de luz señala al otro lado del Atlántico, en aquella tierra privilegiada por la naturaleza, América, dos destinos que efectuar: uno en las Antillas, sus colonias, y otro en las Repúblicas sur-americanas, sus reconciliadas enemigas. Si, España, que hasta ahora se había opuesto, las más veces por la tiranía de los gobiernos que á ella misma oprimían, á que esos pueblos aspiraran los aromas de la libertad, tan olorosos y suaves como la mirra, y tan necesarios al espíritu como el aire á los pulmones, hoy que vive la vida del Derecho, *aunque no en todo el desarrollo que la idea verdaderamente democrática exige*, puede, sin embargo, comenzar desde luego en el cumplimiento de esas dos civilizadoras misiones, que serán nuevos títulos de gloria para ella el día que los cumpla, y dos laureles más añadidos á los que se ostentan en la corona que ciñe á su orgullosa cabeza.

Su destino en las Antillas se reduce á un solo principio: hacer irradiar el sol de la libertad en toda su fuerza, sin crepúsculos y sin eclipses. Primero que nada, arrancando al esclavo su cadena y al dueño el látigo con que cruza, no tan solo la espalda del hombre, sino el rostro de la humanidad, después de haberle escupido la frente con la arrogancia de su reaccionarismo interesado, afrenta que es necesario que se lave, haciendo al negro hombre y al hombre ciudadano, para que no se diga que esta revolución quiso llamarse democrática y humanitaria mientras plagaba los aires con himnos nacionales como para no oír el grito desgarrador de nuestro hermano el negro, que, pacífico en medio de su desesperación, pedía á esta España la libertad, que puede darle con un solo plumazo de su mano, y que, sin embargo, le abandonó ó le olvidó entre las cortantes hojas de la caña, bajo cuyas bóvedas de ramas se pierden sus suspiros y sus lloros, cuya tierra recibe como un rocío su sudor y como el sacrificio más inhumano su sangre, y donde aun le deja sepultado esta nación, para que en la más ágría de las instituciones que rechaza el espíritu, elabore la más dulce de las producciones que saborea el cuerpo. Recuerde el gobierno las tristes consecuencias de Cuba, cuyo ejército se engruesa con los esclavos y los chinos; muévase al menos al interés, ya que no á la justicia, ni siquiera á la compasión, y tenga por seguro que el día que la libertad levante la abatida cabeza del negro y aclare su frente, oscurecida por el dolor, verá á la Europa, á la América, ¡qué digo! á la humanidad entera festejarle y desagraviarse con este pueblo que conserva aun esta abominable institución, reminiscencia triste y vergonzosa de los tiempos en que Roma sacrificaba miles de hombres en el Circo para divertir á un tirano, y sembraba el suelo que habían de pisar sus em-

peradores con seis mil cruces, que señalaban el sitio donde se descomponían seis mil cadáveres de esclavos; que si horrible atentado es privar al hombre de la vida corporal, horrendo atentado es también el privarle de la iniciativa y de la libertad, que es la vida del espíritu. ¡Oh! ¡qué frialdad la de estos gobernantes, que titubean ante su gloria y vacilan ante el dichoso placer de rubricar un decreto que haría, de seguro, estremecer de gozo en su sepulcro los yertos huesos de aquel Lincoln tan justamente apellidado el *Cristo de los negros*.

II.

Pasando á la cuestión política, al mismo tiempo que dejando á un lado la cuestión de Cuba, que los revolucionarios de Setiembre han decretado allá en sus altos consejos que no tiene otra solución que no sea la fuerza, esa razón que en los campos de Francia ha creído matar un pueblo mientras él resucitaba con toda la conciencia de su derecho, pasaremos á Puerto-Rico, que hoy más que nunca ha dado una prueba de su intachable amor á la libertad enviando al seno de esta Asamblea legislativa un compacto grupo de reconocidos liberales.

Puerto-Rico! olvidada y gloriosa isla, saturada del espíritu moderno, como rodeada que está de una media luna de tierras que de una parte le enseña la prosperidad de un pueblo en el seno de la democracia como los Estados Unidos, por otro el viril entusiasmo por la República en Méjico, y el ardor santo por la libertad en Centro-América, y por otro el sentimentalismo noble por la moderna civilización en Venezuela, y desde donde, encerrada entre tanto pueblo libre y envidioso de tanta dicha, tantas veces ha vuelto la cara hacia el Océano por el único espacio que le queda para no presenciaria, esperando que las olas le trajeran el anhelado grito, ella que se inquietaba por lanzarse en el camino por donde marchan en procesion los pueblos civilizados y que arde en deseos de aspirar la vida de estas nuevas edades de la historia y realizar los principios fecundísimos de esta nueva Constitución, mármol donde se han esculpido aquellos indiscutibles y sagrados derechos del individuo que la poderosa entonación de Mirabeau hizo oír á todos los pueblos desde la tribuna de aquella Asamblea constituyente que hizo descender lenguas de fuego que iluminaron el fondo de las lóbregas prisiones y derrieron al pasar las rejas y los cerrojos que, cómplices de los tiranos, aprisionaban la conciencia.

¡Nunca más preparado un pueblo que lo está hoy Puerto-Rico para recibir los tesoros de la libertad! ¡Nunca colonia alguna como ella ha nacido á la vida política con la sobriedad y el buen sentido de los pueblos envejecidos en el ejercicio de su derecho! Así es que no dudamos que separando completamente en la cuestión de Ultramar la que atañe á Puerto-Rico de la que á Cuba se refiere, este gobierno y estas Cortes, antes de disolverse, resolverán la de la pacífica Antilla, que no hay razón ninguna para que se la obligue á vivir siempre desheredada.

Hora es ya de que los puerto-riqueños sepan si son españoles ó no, pues hasta ahora no han sido tratados como tales. Si son unos mismos los del lado acá y los del lado allá de los mares, sea su lazo de unión un mismo Código fundamental. Si son hermanos, sea considerada

aquella provincia como otra cualquiera de la nacion, que títulos harto grandes tiene para ello, pues más de una vez la sangre de sus hijos ha empapado aquel suelo, que la ha recogido y guardado en su seno con sagrada veneracion, pues sabia que se derramaba por salvarle de la ignominia de que la hollara la extranjera planta.

Pronuncie España la palabra sagrada, y tocará en seguida sus consecuencias, que serán sin duda la adhesion franca y leal de aquellos antillanos, y la segura y perenne integridad de aquel territorio, pues la libertad es el talisman maravilloso que aquieta las conciencias y asegura la laboriosa paz de los pueblos.

III.

Respecto á esa otra mision que hemos apuntado al principio (y nos referimos á las Repúblicas Sur-Americanas), creemos es una mision de verdadero afecto, de comunicacion estrecha, de continuadas relaciones, de mútuo cambio de intereses, de sentimientos y de ideas; en una palabra, de permanente paz y de fraternal amor, fomentando moralmente en ellas el grandioso y salvador pensamiento de Bolívar, de la fuerte union de todas ellas en unaligasemi-continental, que están llamadas á realizar, pues el ser de una misma raza, tener la misma posicion geográfica, aspirar los aires de un mismo clima, poseer las mismas virtudes, adolecer de los mismos vicios, contar las mismas tradiciones, hablar en un mismo idioma y co-mulgar en una misma religion dicen á voces que es el mismo su destino en la historia.

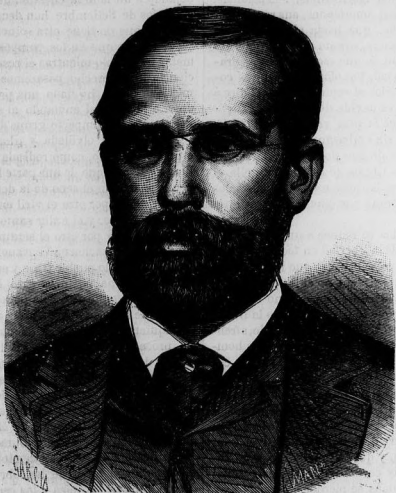
Hé aquí lo que á nuestro pobre juicio, trazado á grandes rasgos y en el desahogado estilo que nos permiten nuestros alcances, creemos debe España realizar en América. Así, y no con una política refractaria á la vida del siglo XIX, creemos conservará á Cuba y Puerto-Rico afectos á la madre patria, hoy como provincias de esta *imposible monarquía por medio de la asimilación*, mañana como cantones libres con gobierno, administracion y Parlamento propios de una *civilizadora República en virtud de su autonomia*, conservando esas

dos islas como el eslabon que uniera el antiguo al nuevo continente, hasta que los lazos se estrechen más y veamos asentarse sobre eterna base esq que algunos ciegos llaman utopia y locura, y que, merced al movimiento incesante de la civilizacion y del progreso, de quienes lo esperamos todo, porque en ellos ponemos toda nuestra fé, será locura realizada como la de Colon, en un dia no lejano en que veamos al *hombre libre en la familia, la familia libre en el municipio, el municipio libre en la provincia, la provincia libre en la nacion, la nacion libre en la confederacion de razas, la confederacion de razas libre en la confederacion de continentes, y la confederacion de continentes libre en la gran confederacion universal.*

MANUEL ELIZABURU.

JUAN GONZALEZ

HERNANDEZ.



JUAN GONZALEZ HERNANDEZ.

Si admirados han sido en todos tiempos los grandes gé-nios que ha producido el humano linaje, no lo han sido menos los hombres modestos que, sin elevarse á tal altura, han llenado su mision sobre la tierra practicando el bien y difundiendo por todas partes, como ejemplo vivo de virtudes, á la manera que el delicado rocío de la noche extiende su vivificante influjo sobre las mustias plantas del ardiente estío.

Raros fenómenos unos y otros de nues-

tra especie: inspirados aquellos por el génio del mal para terrible azote de los pueblos; ángeles estos de redencion, destello de la luz divina, encargados de alejar las tinieblas de la ignorancia y romper las cadenas de la esclavitud, cual apóstoles de la buena nueva, que siendo todo amor y toda caridad hacía el prójimo, solo tienen semejanza en el mundo con el Divino protagonista del Calvario.

Déjese el canto épico de los poetas y el relato de los historiadores para los Neronos y Pedros de Castilla, que asombraron el mundo con sus crueldades, y para los Alejandro y Napoleones, que le esclavizaron con sus conquistas.

Nosotros, á fuer de demócratas, hijos del pueblo, re-

publicanos por instinto y por convicción, solo rendimos homenaje á los que se sacrifican en aras de la humanidad; solo sentimos latir nuestro corazón con fuerza y rodar las lágrimas por nuestras mejillas ante el sublime espectáculo del bendito sacerdote, del humilde misionero, que cruzando mares, atravesando desiertos y penetrando entre hordas de salvajes, les lleva, á costa de su vida, la vida de la inteligencia con la luz del Evangelio, ó ante las ilustres acciones de los esforzados héroes, cuya existencia ha sido la encarnación viva del sufrimiento por las desgracias y miserias de sus semejantes.

Esto es lo que pone hoy en movimiento nuestra tosca pluma, convirtiéndonos en biógrafos del desgraciado campeón republicano, del insigne y caritativo mártir de la derecha del Tajo, el diputado á Cortes por este distrito JUAN GONZALEZ HERNANDEZ.

Hijo de padres honrados y de regular fortuna, nació este ilustre patriota en la ciudad de Plasencia el 27 de Abril de 1826.

Cursó la filosofía en el Seminario conciliar de la misma, pasando después á Madrid, donde entró de pensionista en el célebre Colegio de Masarnau, y estudió allí las matemáticas con ánimo de ingresar en la Escuela de ingenieros militares; pero desgracias de familia le obligaron á volver al seno de esta y desistió de su primitiva idea. Dedicado, no obstante, al estudio, sacó de sus conocimientos todo el partido que le fué dable, haciéndose agrimensor, maestro de obras y director de caminos vecinales, cuyos títulos, así como la enseñanza particular, constituyeron siempre su honroso patrimonio.

Republicano ferviente desde el año 1850, organizó, venciendo mil dificultades, un club democrático en Plasencia, que fué disuelto de orden del gobernador de la provincia en 1854, en cuyo año fundó también una sociedad de jornaleros para comprar bienes nacionales, sociedad que hubiera reportado inmensos beneficios á la clase que la componía, si la desgracia, compañera inseparable de nuestro amigo, no hubiese destruido todos sus planes.

En los años 65 y 68 constituyó los comités republicanos del partido de Plasencia y gran parte de la derecha del Tajo.

Fuó fundador y director de los periódicos *El Valle y Vera*, la *Gaceta Agrícola* y *El Canton Extremeño* en los 55, 67 y 69 respectivamente, como también en Madrid, unido con el insigne Cervera, de *El Municipio Soberano* y de *La Democracia ó Voz del pueblo*; colaborador de *El Regenerador Extremeño* desde su fundación en el año 52 y de *El Faro del Pueblo* en el 70.

Escribió en los años 61, 63 y 65 los folletos *Los ferro-carriles extremeños*, *Las Sociedades de Crédito y Última palabra sobre los ferro-carriles extremeños*, que fué denunciado.

Preso por sospechas de los reaccionarios en Mayo del 67, cuando Guillén Florez, de Trujillo; Belloso y Talon, de Baños; Valencia, de Mohedas; Gonzalez, de Casar de Palomero; Ruiz, el médico Valle y el coronel Cortijo de Madrid; y puesto á los pocos días en libertad, volvió á ser preso en la noche del 1.º de Setiembre del mismo año, trasladado á Cáceres y de allí al castillo de San Sebastian de Cádiz para ser deportado á las inhospita-

larias islas Marianas con sus convecinos y correligionarios Pinto (padre é hijo), Buitrago y Silva Fernandez, permaneciendo en dicho castillo hasta el 1.º de Noviembre, que fué puesto en libertad con sus compañeros de prision después de haber gastado en hacer esta más llevadera, el resto de su fortuna, adquirida á costa de trabajo y privaciones.

En el año 69 fué favorecido por los representantes de la circunscripción, al designarse candidatos para las Cortes Constituyentes, con un voto menos que los nombrados; y en la elección parcial que tuvo lugar en el año pasado rehusó, con una modestia que honra mucho su memoria, el ser propuesto para candidato, no obstante la insistencia unánime de dichos representantes.

Por el Comité provincial y el de este partido fué comisionado para representar la provincia en la Asamblea federal de Córdoba, cuyo cargo desempeñó á satisfacción de sus representados.

También lo fué del partido de Plasencia en el Comité provincial, y dignísimo Presidente del primero por espacio de mucho tiempo.

Por la insignificante mayoría de 46 votos no salió elegido diputado provincial por el distrito de Malpartida en las últimas elecciones; mas en las de diputado á Cortes formaron sus correligionarios y amigos un decidido empeño en que aceptase la candidatura, y conseguido esto, obtuvo un completo triunfo sobre sus contrarios en el distrito de Plasencia y Jarandilla por una mayoría de 2.562 votos y un total de 4.392, y tomó asiento en el Congreso el 1.º de Junio último.

Independiente, enérgico y entendido, dió pruebas inequívocas de su mucho valer en el Cuerpo legislativo tomando parte activa en las áridas cuestiones de Hacienda y promoviendo mejoras que, por su prematura y lastimosa muerte, no han podido realizarse aun en su distrito, que siempre echará de menos á tan celoso patriota é irremplazable diputado.

Fuó pobre al Congreso y más pobre volvió; pero lleno de noble orgullo, de satisfacción inefable, como todo el que tiene conciencia de haber cumplido sus deberes. En varias ocasiones le oímos decir: «La Diputación me arruina; mas terminará con honra mis compromisos en la presente legislatura, y me retiraré después á la vida privada para trabajar por mí, que bastante he trabado por los demás.»

¡Pobre y querido amigo! ¡Cuán de otra suerte lo dispuso la Providencia! Tus días estaban contados; ibas á recibir la palma del mártir, y una terrible y gloriosa muerte coronó tu azarosa existencia elevando tu alma pura á las regiones celestiales.

La nefasta noche del 14 de Agosto de 1871 será de eterna memoria para los republicanos extremeños; ella forma el triste epílogo de la vida del diputado GONZALEZ HERNANDEZ, que arrojado siempre y nunca temeroso en los peligros, expuso su vida por salvar la ajena, pereció entre las devastadoras llamas del incendio ocurrido en la casa-librería de Nuñez Amor.

Descansa en paz, querido amigo, y si á través del eterno espacio que nos separa, y desde esa mansión tranquila, te es dado penetrar el angustioso estado de nuestro corazón, no apartes de tu mente el pensamiento del que estas líneas te consagra.

Plasencia y Octubre de 1871.—JOSÉ MARÍA DÍEZ.

LOS REYES SE VAN.

Aullarán los reyes en sus tronos;
agarrarán desesperadamente con sus
manos sus coronas, objeto del huracán,
y al fin ellas y ellos serán arras-
trados y deshechos.

(LAMENNAIS, Palabras de un
creyente.)

¿Visteis del mar las encrespadas olas
batir furiosas la escarpada orilla,
y en rojas aureolas
arder la nube donde el rayo brilla?
¿Y el huracán que se desata fiero
los espacios llenando con su voz?
¿Y del trueno altanero
el eco de pavor?

¿Oisteis del volcán el estampido
su ardiente lava vomitando al cielo?
¿Y el peñón de su base desprendido
visteis rodando al mar con ronco anhelo?
¿Lo visteis sin temblar...? (Cuán más furioso,
terrible y arrogante
es el mar popular cuando sañoso
se levanta rugiendo amenazante...!)

Una ola tras otra ola bramadora
azotan fieras con terrible encono
la roca que se alzó del mar señora
donde se asienta un trono:
y de su espuma el escupir airado
mancha el régio dosel esplendoroso
do se cobija pálido, asustado,
el rey tan poderoso.

Mirá del mar las ondas espumantes
que combaten su trono noche y día;
busca en vano con ojos devorantes
ayuda en su agonía:
y ve flotar entre la niebla oscura
un objeto á lo lejos,
y miéntele su angustia y su pavora
de buque protector los aparejos.

El huracán del popular encono
aquel fragmento hasta sus pies arroja,
y son los restos de otro hundido trono...!
Y crece su congoja,
y cual juguete vil, fantasma vana
de lo que fué la majestad augusta,
los reyes de hoy ya no serán mañana,
ni su poder asusta.

Y hay un trono de rayos rodeado,
vestido de púrpúros resplandores,
al que origen sagrado,
de veinte siglos alcanzó loores.
Y pugna en sostener su poderío
cuando todo poder ve derrumbarse...
busque en su origen su perdido brío
y logrará salvarse.

Formado de las tablas carcomidas
de una pobre barquilla pescadora,
mil mundanas pasiones á él asidas
le destrozan ahora.

Arroja apriosa, arroja
esa púrpura vana, esa diadema;
en el mar popular tus plantas moja,
y el sacrosanto emblema
de paz y redención enarbolando,
só, como en otros días venturosos
el pastor venerando,
y deja esos poderes engañosos.

El báculo que en cetro convertiste
vuelva el escudo á ser del desdichado;
con él más grande fuiste
que con ese poder tan disputado.
A ese mar que surcaron tus hermanos
lanza tu audaz barquilla;
no ya temores vanos
la retengan más tiempo en esa orilla.

El sol de libertad que en el Oriente
vividó lanza de su luz el fuego,
empaña el brillo de la régia frente
que el pueblo adoró ciego.
Y un trono y otro trono van cayendo,
los pueblos sus derechos recobrando,
el poder material desapareciendo
y el reinado de Dios se va acercando.

MATILDE CHERNER.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

Jacquard.

No es nuestro ánimo narrar las aventuras y proezas de alguno de esos guerreros ilustres que han alcanzado una triste celebridad en los campos de batalla, ni referir la grandeza y gloria adquiridas por los gigantes y profundos géneos que en muchas épocas han asombrado al mundo con sus ciencias, sino dedicar un recuerdo de gratitud á uno de esos hombres que, en medio de su verdadera grandeza, viven mártires y mueren desconocidos: nuestra pluma no va á trazar hoy un cuadro de fuertes y brillantes colores, sino de suaves y halagadoras tintas, cuadro donde se reflejan los más puros sentimientos que puede abrigar el corazón humano.

Canten otros alabanzas al valor y al heroísmo; aplaudan justamente la erudición y la ciencia, que nosotros, prestando homenaje á la abnegación de un inspirado obrero, queremos levantar su nombre del polvo del olvido á que le relegaron pasiones bastardas, que en el corazón del hombre nacen con los buenos sentimientos, como en un hermoso campo brotan punzadoras espinas al lado de las más vistosas flores.

En los últimos años del pasado siglo, cuando la Francia estaba agitada por continuas revueltas, los obreros de la ciudad de Lyon atravesaban la situación más deplorable.

En ningún tiempo ni en ninguna nación ha sido satisfactoria, ni mucho menos, la suerte de los trabajadores; pero en la época á que nos referimos la miseria había llegado al extremo más terrible. Hé aquí lo que de ellos dice un elegante escritor (1): «Los miembros flacos

(1) *Hombres útiles.*—Jacquard.

y disformes y su fisonomía pálida y resignada decían á veces que el trabajo alteraba en ellos el principio de la vida. Apenas tenían ánimo para quejarse, y ese pueblo de obreros, á pesar de las emigraciones de los montañeses, que anualmente venían á renovarle, iba degenerando y sucumbiendo. Los talleres revelaban toda la extensión de sus miserias. El trabajo se hacía por familias, cada una en una especie de conchera húmeda y oscura. Los tejidos variados de oro, plata y seda, eran de un mecanismo tan costoso, complicado y difícil de manejar, que el jornalero se enredaba la cabeza y los brazos en medio de un laberinto de cuerdas. Había forzosos y largos periodos de ferias, dias de hambre, y los periodos de trabajo eran dias de increíbles fatigas, de contorsiones violentas, de sudor incesante, de privación de sueño, de actitudes forzadas que desfiguraban, y las más de las veces abreviaban la existencia.»

Tal era el miserable estado de los obreros de Lion; y así hubieran permanecido quizá por mucho tiempo, si la Providencia no hubiera designado á uno de ellos para que procurase la salvación de todos.

José María Jacquard era un honrado artesano que se ocupaba en hacer sombreros de paja, y que, como sus compañeros los tejedores, sufría las consecuencias de la mala época.

Más de una vez aquel hombre sencillo se había detenido á considerar los males que los obreros sufrían, y había tratado de investigar las causas para dedicarse á buscar el remedio.

Jacquard había desistido siempre de su empresa porque se encontraba impotente, pero nunca desesperaba.

Un día se hallaba leyendo un periódico y súbitamente se le vió abandonarlo y permanecer absorto en una recóndita meditación. Indudablemente en aquel cerebro debía bullir alguna idea pertinaz, tal vez nuevamente resucitada.

En efecto, en el periódico que tenía á la vista se leía un anuncio traducido de los diarios de Londres, por el que se ofrecía un premio considerable al inventor de un procedimiento mecánico aplicado á la fabricación de encajes.

Desde este día Jacquard no vivió tranquilo. Un pensamiento le absorbía, una idea ocupaba su mente, y fuera de ella nada había que le interesase, nada existía á su alrededor.

El que inventase la máquina que el gobierno inglés apetecía habría hecho un bien inmenso á la humanidad. Aquellos infelices obreros, que morían de cansancio al pié de sus imperfectos artefactos, tornarían de repente á la vida, recobrarían el vigor perdido, volvería la alegría á los talleres y la felicidad á las familias; la rudeza del trabajo desaparecería, los tejidos habrían ganado en perfección, los productos serían mayores y la existencia miserable de los obreros de Lion cambiaría completamente de aspecto.

Estas eran las reflexiones que se hacía Jacquard y que le decidieron, por fin, á tomar una resolución.

Con la misma fé que el pintor que ha concebido un pensamiento sublime, coge los pinceles y traslada al lienzo las imágenes que le pintó su fantasía; con el mismo entusiasmo con que el poeta en un momento de inspiración toma la pluma y vierte sobre el papel raudales de bellezas, con el mismo entusiasmo, con la misma fé

Jacquard se encerró en su habitación, y auxiliado de algunas toscas herramientas, empezó la construcción de la máquina con la cual soñaba.

El éxito más feliz coronó sus esfuerzos. Al poco tiempo presentó á un amigo suyo la copia de un aparato que, aunque no satisfacía sus deseos, esperaba perfeccionarlo.

Mientras Jacquard continuaba trabajando en su máquina, la copia, por una serie de combinaciones, de las manos del amigo pasó á las del prefecto de la ciudad y este la remitió á París.

Un día se hallaba Jacquard trabajando en su casa cuando se presentó el prefecto.

—Partireis al momento para París, le dijo.

—¿Para París...? respondió el obrero sobrecogido por tan brusca noticia; pero ¿qué he hecho yo?

—Repito que partireis á París, añadió el prefecto sin darle más explicaciones.

Jacquard fué introducido en una silla de posta, y escoltado por un gendarme salió de Lion.

(Se concluyó.)

JAVIER ALVAREZ LINDE.

TRASIEGO Y CONSERVACION DEL VINO

Cuando el mosto cesa de cocer y se precipita al fondo de los vasos la casca que la fermentación mantenía en la superficie, el vino está hecho, aunque no en estado de consumirse. Generalmente la necesidad de reunir fondos hace que muchos cosecheros vendan como vinos caldos cuya cocción no ha terminado todavía, ó se ha hecho terminar antes de tiempo, y que producen en la salud de los que los beben perturbaciones muy graves; para evitarlo los consumidores deben no aceptar como vino el que esté turbio, por poco que sea.

Para que el vino se haga conviene encerrar el mosto en grandes vasos, donde el líquido presente tanta superficie como altura, y conviene en ocasiones que le acompañen al mismo mosto hollejos, granos y algunos escobajos de los racimos muy maduros; pero para que el vino se conserve hay que encerrarlo en vasijas de poca capacidad, construidas, á ser posible, con maderas de América ó de Rusia, carbonizadas interiormente y bien azufradas, y hace falta también separar el vino de la madre que forma al irse al fondo de los vasos de cocción la casca dejada al mosto. Donde faltan cubas podrán emplearse tinajas igualmente bien azufradas y dispuestas como diremos luego. El trasiego ó traslado del vino de los recipientes en que ha fermentado á aquellos en que va á conservarse se diferirá hasta tanto que el líquido no se haya desenturbado. Las manipulaciones con el mosto son en extremo peligrosas, porque el tifo que despiden y que llena el cocedero y se conserva luego en el espacio vacío de las tinajas, puede ocasionar á los trabajadores accidentes de importancia, y aun la muerte.

Los buenos cocederos necesitan una temperatura de 20 grados próximamente, y la de las bodegas solo debe ser de una mitad, es decir, 10 grados. Además, la bodega requiere ventilación, poca luz, ninguna humedad, sitio retirado donde el mucho tránsito de carruajes no traiga



al vino en perpétuo movimiento, y en fin, estará tan cerca del cocedero como se pueda, para que el trasiego se haga sin que los caldos se agiten demasiado.

Hay un medio muy sencillo de cerciorarse de que el vino se halle en estado de trasergarse, y es llenar de él un vaso de los usuales y dejarlo por una noche en un sitio fresco. Si por la mañana el líquido no aparece turbio, el trasiego es de rigor. Nuestros campesinos dicen que no es bueno el vino mientras no está doblado, ó hasta que pasa el día de Anímas; nosotros nos atrevemos á asegurar que el mosto no debe trasergarse hasta que hiele, que es cuando generalmente da buenos resultados la experiencia que queda indicada.

La conservación de vino pide una gran limpieza; ya en uno de nuestros artículos, publicados á la entrada de los calores caniculares, dijimos que las alteraciones del vino reconocen por causa principal el desarollo de insectos ó de plantas microscópicas, y nada favorece tanto la multiplicación de unos y otros como el que los vasos á que el vino se trasiego dejen de estar escrupulosamente limpios. El azufrado es indispensable, porque los vapores sulfurosos detienen la fermentación á que tiende el vino nuevo siempre que se mueve, aunque sea muy poco. El temor de que el azufre quite color al vino hace á casi todos los cosecheros economizarlo, y á otros emplear para restablecerlo sustancias todavía más dañosas que el yeso: una de ellas es el alumbre, que sobre comunicar á los caldos vinosos sabores desagradables, los convierte en un veneno que embriaga con doble rapidez que el vino puro. Las autoridades deben vigilar esta pernicioso falsificación, que á nada conduce, puesto que en vez de mejorar empeora el vino y que es origen de infinitas desgracias. Los caldos tintos decolorados recobran su fuerza con la coción de garnachas, que no cuestan más caras que las sales de alumbre, y á este recurso es al que los vinateros españoles que se estiman en algo recurrirán, de seguro, para colocar sus caldos tintos en cuanto sepan el daño que por ignorancia están ocasionando.

Al trasegar el vino es costumbre ponerle alcohol, que se añade poco á poco, y que se pretende contribuye á conservarlo. El uso de este medio, que da á los vinos un color extraño, produce un efecto quizá contrario al que se pretende, y sin proscribirlo del todo, recomendamos que solo se empleen espíritus de fuerza, no anisados y con tanta parquedad que únicamente cooperen á destruir la formación de nata en la superficie del líquido ó su ahilamiento, que es para lo que en realidad sirve el alcohol adicionado al vino.

De trasegar á barriles es menester rellenarlos de tiempo en tiempo, y trasegar del primer barril á otro segundo en calculando que aquel tiene mucho poso. Cuando se trasiega á tinajas se adoptarán fuertes tapaderas de barro cocido que entren dentro de la boca de la vasija, que estén, lo mismo que esta, recubiertas interiormente de una gruesa capa de pez, y que con pez tambien se adaptarán al vaso que cubran. En el centro tendrán su agujero pequeño, por donde se cebará la tinaja segun merme, y se echará el espíritu de vino al aparecer indicios de nata y se tatará con un corcho cuyo extremo inferior estará igualmente bañado de pez. El poso en las tinajas se deposita en el fondo, presentando muy pequeña superficie, y no es en ellas tan precisa la re-

peticion de los trasiegos como en los toneles ó botas.

Alguna vez, no obstante las precauciones expuestas, los vinos trasiegos se enturbian ó ofrecen muestras de deteriorarse; para impedirlo ó remediarlo se recurre á las claras de huevo, á las jaleas, á la cal y á la creta. Nosotros continuamos creyendo que nada es tan bueno como la calefacción de los vinos, aconsejando y puesta en práctica por Mr. Pasteur, y de que ya hemos dado aquí cuenta.

La abundancia de aceite que hay en España y su intolerabilidad en presencia del aire atmosférico ha contribuido á que algunos cosecheros se sirvan de él para resguardar sus vinos del contacto directo con la misma atmósfera. Estas tapas son herméticas, ostensibles y perpétuas, sin que haya que cuidarse de ellas; pero alguna parte de grasa se mezcla con el vino, y no siendo nuestros aceites muy puros y limpios ni agradables como bebida, el género de tapas que decimos debe suprimirse.

No diremos otro tanto de un método ensayado recientemente para quitar á los vinos la porción que se quiera del agua que contienen, aumentando así su fuerza, por más que carezcamos de detalles económicos sobre el procedimiento, que desde luego, á no ser barato, relegamos entre los inaceptables.

Los cosecheros de algunas regiones donde los hielos son intensos hacen helar sus vinos pobres de alcohol en toneles descubiertos. Naturalmente, solo se coagula la parte acuosa en agujas que se separan de la masa, valiéndose de cedazos finos y manipulando con extraordinaria celeridad. Pero siendo hoy tan fácil la congelación de cualquier líquido con auxilio de los aparatos de Carré, hay quien propone helar artificialmente los vinos y dejarlos, quitándoles más ó menos agua de la graduación alcohólica que convenga, muy reducidos de volumen y aptos para durar indefinidamente y trasportarse á poco costo á las más remotas distancias.

Por ahora no diremos más relativo á vinificación, y tampoco sobre el enriquecimiento de los vinos, sometiendo á la acción del frío; pero prometemos á nuestros lectores tenerlos al corriente de los ensayos que se verifiquen, en cuanto podamos asegurarlos que la práctica de ese sistema es ventajosa.

NÁZARIO DE JOSS.

CANTARES.

Se quejan de haber nacido
algunos hombres ingratos,
y han visto girar los mundos
en los inmensos espacios!

Envidia me dan tan penas
porque son penas de amor;
llora, niña, llora mucho;
¡ojalá llorara yo!

Una rosa y un clavel
en la fuente se miraban,
pero la brisa envidiosa
en ondas quebró las aguas.

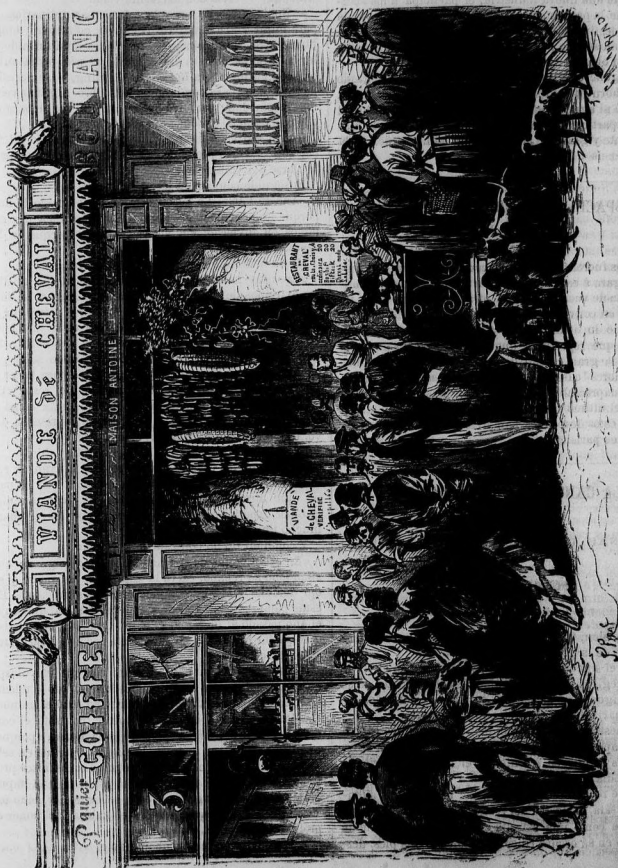
Yo tuve tu corazón,
pero ya se me ha perdido;
si te lo has vuelto á llevar,
¡devuélveme, ingrata, el mío!

Irán corriendo los años,
y vendrá la muerte en pos,

y no quedará en el mundo
ni un recuerdo de este amor.

—
¡Qué me importan de la tierra
los infinitos pesares
si he tenido la fortuna
de conocer á mi madre!

N. ESTÉVANEZ.



DESPACHO DE CARNE DE CABALLO EN PARIS.

EL PREGONERO (TIPOS DE ARAGON).

Decimos de Aragon, cuando en realidad debíramos decir de España. El pregonero es en la mayoría de nuestras pequeñas poblaciones el personaje más importante: á él se encarga la lectura de un bando; á él el anuncio de alguna grave disposicion, ó el establecimiento de una nueva industria; él participa á los vecinos desde la proclamacion del estado de sitio, hasta la solemne festividad religiosa; desde el parte de alguna victoria alcanzada por nuestro ejército, hasta la pérdida de algun objeto.

El pregonero es un verdadero monarca, que seguido de su cohorte de chiquillos, al atronador redoble de su tambor ó al agudo sonido de su corneta recorre todo el pueblo, participando á sus conciudadanos todo lo más importante y grave de la política, la administracion, la conveniencia ó la necesidad.

DESPACHO DE CARNE DE CABALLO

EN PARIS.

Muchos fueron los que dudaron que la carne de caballo llegara á expenderse públicamente, ni más ni menos que la de vaca, carnero ú otra cualquiera; pero no tardaron en convencerse de la verdad de aquellos anuncios, como lo demuestra el grabado que damos en la pág. 301 que representa uno de los despachos de dicha carne en la gran ciudad de Paris: esta carne, que sus consumidores califican de más sabrosa y exquisita, tiene la inapreciable ventaja de ser más económica, y durante el último sitio por que ha pasado la capital de Francia, estos despachos han prestado grandísimos servicios á los parisienses.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

—Bien, bien, todo lo sabreis, contestó el colmenero satisfecho de la gravedad de mi tío.

Acercó el sillón á la mesa y apoyó el libro en el borde de esta; registrándose enseguida el bolsillo, sacó unas gafas antiguas con armadura de cobre, colocándoselas sobre la nariz, lo que le daba extraño aspecto.

Imagínese mi atencion; tambien me habia acercado á la mesa, apoyando los codos en el borde, la barba entre las manos y miraba reteniendo el aliento y abriendo cuanto podía los ojos.

Siempre recordaré aquella escena: el profundo silencio de la sala, el tic-tac del reloj, el zumbido del fuego y la bujía como una estrella en el centro; enfrente de mí, el tío en su oscuro rincon; Escipión á mis pies; des-

pues el mauser inclinado sobre el libro de las profecías y detrás de él las pequeñas y oscuras vidrieras, en las que se amontonaba calladamente la nieve; veo todo esto y hasta me parece oír la voz de aquel pobre viejo y de mi bondadoso tío, que hace tanto tiempo descansan en la tumba.

La escena era por demás extraña.

—¿Cómo, mauser! dijo mi tío, ¿necesitais gafas á vuestra edad? Os creía con excelente vista.

—No las necesito para leer las cosas ordinarias, ni para mirar á distancia, respondió el colmenero; tengo buena vista, y en primavera veo desde aquí un nido de larvas bajo los árboles del Altemberg; pero estos anteojos son los de mi tía Roesel, de Heming, y se necesita leer con ellos para comprender este libro. Algunas veces me incomodan, pero leo por encima ó por debajo de ellos; lo esencial es tenerlos sobre la nariz.

—¡Ah! eso es diferente, muy diferente, dijo mi tío con seriedad, porque tenia demasiado buen corazon para burlarse del colmenero.

Enseguida comenzó á leer el mauser:

«Año de 1793.—La yerba está seca y ha caído la flor, porque la ha azotado el viento.» Esto significa que estamos en invierno; «la yerba está seca porque la ha azotado el viento.»

Mi tío inclinó la cabeza y el colmenero continuó:

«Las islas han visto y se han estremecido de miedo; los extremos de la tierra están amedrentados; se han acercado y han venido.» Esto indica, señor doctor, que la Inglaterra y tambien las otras islas que están más lejos en el mar, se han asustado á causa de la República. «Se han acercado y han venido.» Todo el mundo sabe que los ingleses han desembarcado en Bélgica para hacer la guerra á los franceses. Pero escuchad bien el resto: «En este tiempo los conductores del pueblo serán como el fuego entre la leña, como la llama entre las mieses; devorarán á derecha é izquierda todo el país.»

El mauser levantó el dedo con gravedad y dijo:

—Estos son los reyes y emperadores que avanzan rodeados de sus ejércitos y que todo lo devoran en los países que atraviesan. Desgraciadamente ya conocemos esto por experien cia; nuestro pobre pueblo las recordará mucho tiempo.

Y como mi tío no contestaba, continuó:

«En este tiempo, desgraciado el pastor holgazán que abandone su rebaño; caerá la espada de su mano y su ojo derecho quedará completamente oscurecido.» En estas palabras vemos al obispo de Maguncia, que huyó el año pasado al llegar el general Custine. Era verdadero pastor holgazán; su brazo está seco y su ojo derecho oscurecido.

—Pero, pensad, mauser, dijo mi tío, que ese obispo no estaba solo y que otros muchos han obrado lo mismo en Alemania, en Francia, en Italia y en todo el mundo.

—Razon en mi apoyo, señor doctor, contestó el colmenero, el libro habla para toda la tierra, «porque, añadió apoyando el dedo en la página, porque en este tiempo, dijo el Eterno, quitaré del mundo los falsos profetas, los fautores de milagros y el espíritu de la impureza.» ¿Qué puede significar esto, señor doctor, sino todos esos hombres que, sin cesar, hablan del amor al prójimo y huyen del peligro?

—Sí, dijo mi tío, eso es abominable.

—¡Pues bien! para ellos, para todos los malos pastores están escritas estas cosas.

Enseguida añadió:

«En este tiempo se oírán en la montaña rumor de multitud, como el de un gran pueblo que se levanta, ruido de una nación reunida. Los pueblos inmediatos escucharán y todo corazón varonil se estremecerá. Y correrán aturridos los orgullosos; los buenos se mirarán con rostro regocijado; por primera vez oírán hablar de cosas grandes; sabrán que todos son iguales delante del Eterno, que todos han nacido para la justicia, como los árboles de los bosques para la luz.»

—¿Está escrito eso, mauser? preguntó mi tío.

—Leedlo vos mismo; respondió el colmenero dándole el libro.

Mi tío miró con turbados ojos.

—Sí, está escrito, añadió en voz baja. ¡Ah! plegue al Eterno realizar en nuestro tiempo estas cosas! ¡Plegue a Dios regocijar nuestro corazón con ese espectáculo!

Y deteniéndose repentinamente, como asustado de su propio entusiasmo:

—¿Es posible que á mi edad me deje conmovir hasta este punto? Soy un niño, un verdadero niño.

Y volvió el libro al mauser, que dijo sonriendo:

—Bien veo, señor doctor, que comprendéis este pasaje como yo: ese rumor de un gran pueblo que se levanta es la Francia que proclama los derechos del hombre.

—¿Cómo! ¿Creeis que se refiere eso á la Revolución francesa? le preguntó mi tío.

—¿A quién si no? replicó el mauser; está claro como la luz del día.

Enseguida se volvió á colocar los anteojos, que se había quitado, y leyó:

«Pasarán setenta semanas para consumir el pecado, expiar la iniquidad y traer la justicia sempiterna. Enseguida arrojarán los hombres á los topes y á los murciélagos los ídolos fabricados con plata.» Y muchos pueblos dirán: «Convirtamos las espadas en rejas de arado y las alabardas en hoces.»

Leído este pasaje, el mauser apoyó los codos en la mesa y se rasó la barba en ademán pensativo. No se paraba yo los ojos de él y me parecía ver cosas extrañas; un mundo desconocido agitarse en la sombra en derredor nuestro; el débil rumor del fuego y las respiraciones de Escipion dormido, me producían el efecto de voces lejanas, y hasta el silencio me inquietaba.

Parecía que el tío Jacobo había recobrado la calma. Acababa de cargar la pipa y la encendía con un pedazo de papel, lanzando bocanadas de humo y aspirando fuertemente para que prendiera bien el tabaco. Cerró la tapadera y se recostó en el sillón lanzando un suspiro.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

El Sr. Candau es el hombre más desgraciado que conocemos: sin talento como ministro; sin oratoria como diputado; sin ideas como político; ignorante é ignorado, el Sr. Candau es una contradicción perpétua: en una sesión apellida *socialistas blancos* á los carlistas, y en

otra demanda su apoyo como única salvación de este ministerio de *lance*: ahora rechaza toda unión con los conservadores, y más tarde afirma que si la suerte le es contraria en una votación, restará de ella los votos republicanos y carlistas y se quedará en su puesto, dando esta nueva prueba de su elevado patriotismo.

Pero no recuerda el Sr. Candau que sin los votos de los carlistas el Sr. Sagasta no sería presidente de la Cámara ni S. S. ministro, por más que sea un ministro de *casualidad*.

Nosotros comparamos las discusiones de la Cámara acerca de *La Internacional*, á aquellas célebres sesiones sobre los gravísimos acontecimientos del famoso 10 de Abril; cierto que el Sr. Candau no es un González Brabo, ni en talento, ni en política, ni en oratoria; pero en cambio le aventaja en *locuacidad*, en orgullo y en una vanidad tan grande como risible; la conducta del Sr. Candau contra *La Internacional*, como la de González Brabo contra la libertad, están juzgadas en la conciencia de todo hombre honrado, y... volvemos á repetir, el Sr. Candau es el hombre más desdichado que conocemos: verdadera pelota de goma, de las manos de Garrido y Castelar pasa á las de Alonso Martínez; de las de Nocedal á las de Escosura, de estas á las de Gabriel Rodríguez y luego á las de Salmerón; este distinguido republicano, este eminente filósofo, catedrático de la Universidad de Madrid, y hombre que por su elevado talento y sus vastos conocimientos está reputado como una verdadera gloria nacional, dirigió al Sr. Candau los más acerbados tiros, le envolvió en los más graves y severos cargos, le demostró su ignorancia como ministro y como diputado, y por último le acorraló contra la *montaña blanca* ó *carlista*, á la que en vano pedía auxilio el desdichado ministro; algunos *calamidades* quisieron ahogar con sus murmullos la elocuente voz de Salmerón, pero como nuestro amigo no es hombre capaz de dejarse avasallar por una mayoría *ignorante*, hé aquí el magnífico apostrofe que les dirigió, obligándoles á guardar silencio:

«¡Medrados estaríamos si después de un siglo de revolución no supiéramos la diferencia que existe entre el derecho y el poder! ¡No sabéis que el derecho es ingénuo en la naturaleza racional, y el poder es una relación, y que mientras el derecho es absoluto el poder es limitado?»

»Habiase además asegurado con ligereza inconcebible que estaba *La Internacional* fuera de la Constitución y dentro del Código. ¿Quién era el señor ministro de la Gobernación para hacer semejante declaración usurpando el poder de la justicia? ¡Tan ignorante es S. S. que no conoce la limitación de los poderes constitucionales! (Rumores y rebullicio en la caza de los calamidades). Quien no conoce esa limitación es un *ignorante*, y vosotros al interrumpirme no sois más que una guardia negra, unos siervos del poder ministerial, que desconocéis la independencia y los derechos del diputado.»

El Sr. Candau miraba todo compungido al Sr. Sagasta, implorando un fuerte campanillazo, un campanillazo bilioso-conservador-sagastino que impusiera silencio al orador; pero como S. S. es desgraciado en todo, el presidente hizo como que no comprendía, y Candau hubo de contentarse con admirar un plano que el Sr. Angulo ha levantado para un nuevo edificio que sirva para ministerio de Hacienda: lo comprendemos perfectamente; el Sr. Angulo habrá dicho: puesto que no puedo arre-

glar la Hacienda interiormente, la arreglaré exteriormente, y váyase lo uno por lo otro.

Decimos mal: el Sr. Angulo se ha propuesto arreglar (entiéndase concluir) eso que aun se llama Hacienda española imponiendo el 18 por 100 á la deuda inferior y exterior, los cuales comenzarán á cobrarse sobre el semestre que vence el 31 de Diciembre, si las Cortes votan ó autorizan el proyecto.

Segun la opinion de periódicos autorizados, este nuevo y oneroso impuesto será causa de que la Bolsa de Londres se cierre á los valores españoles, en prueba de lo cual el *Times* publica ya un largo artículo combatiendo dicho impuesto.

Todo lo que perdemos en la cuestion de Hacienda lo ganamos en punto á libertad; este gobierno, aun más liberal que el de los *polacos*, va á nombrar al teniente general D. José de la Gándara, grande amigo que fué del general Narvaez y moderado de *pur sang*, jefe del cuarto militar de D. Amadeo, mayordomo mayor al duque de Fernan-Núñez, y damas de doña María Victoria á las duquesas de la Torre, de Prim y de Tetuan.

«Pues y los Milans, y los Rosells, los Palacios, los Baldrichs y los Moriones? Lucidos han quedado los progreseros; ¡desdichados...! Antes de poco los *obstáculos tradicionales* se levantarán entre palacio y vosotros, y no podreis buscar un amparo y un refugio en el pueblo á quien habeis engañado; preparad la maleta y elegid el camino que más os agrade y la nacion que más os guste para entreteer los ócios de la emigracion y el destierro. ¿Lo dudais? Pues leed *El Tiempo* y vereis cómo refiriéndose á informes autorizados asegura que el poder irá muy pronto á manos del duque de la Torre, para que se hagan las nuevas elecciones; ya no hay duda: radicales, vuestra suerte está echada; ministros Serrano y el *indispensable* Sagasta, no esperéis traer á las nuevas Cortes ni una docena de vuestros hombres; radicales, estais perdidos, completamente perdidos; la situacion es conservadora y reaccionaria; de un lado el poder y del otro el pueblo; apresuraos á elegir hoy, porque mañana quizás sería tarde.

El domingo á las cuatro de la tarde, y bajo la presidencia del Sr. Figuerola, se reunieron los diputados y senadores radicales, en número de 130 individuos.

El Sr. Ruiz Zorrilla se lamentó de la conducta observada en las Cortes contra sus amigos los Sres. Pellon y Rojo Arias, calificándola de inícuas; rechazó la nota de filibusterismo que se arrojaba sobre sus amigos; ofreció dar explicaciones sobre la cuestion de *La Internacional*, y terminó aconsejando rechazar toda clase de calumnias y comparando la especie de cruzada levantada hoy contra los radicales á la empleada cuando los incendios de Valladolid en 1856 y las exposiciones de 1848 ofreciendo vidas y haciendas.

El Sr. Perez de Lasala declaró que no le asustaba lo de filibustero si se entendia por esto el deseo de abolir la esclavitud y el establecimiento en Ultramar de las reformas españolas: los Sres. Padiá y Mártoz hablaron sosteniendo la necesidad de esas reformas, y el marqués

de Sardoal dijo que, segun sus noticias, cada sábado se formularia una acusacion contra un demócrata, pero que esperaba que se volviese la oracion por pasiva.

El *Eco de España* se ocupa con grande interés de la injustificada subida del pan, que se ha recibido con marcado disgusto por el pueblo: hace poco se subió la carne y las patatas; ayer el pan, y aun se amenaza con una nueva subida, cuando los precios del trigo no han variado en los mercados; llamamos pues la atencion de quien corresponda sobre tan importante cuestion, que podria traer gravísimos conflictos en un día no lejano.

El diputado Sr. Barrio y Mier ha presentado una exposicion á la Cámara, pidiendo, en nombre de la Asociacion médico-farmacéutica, se exima del descuento á los profesores que cobran sueldos municipales, puesto que ya pagan arbitrios: creemos altamente razonable la peticion, pues no sería justo que dichos profesores pagaran el doble de lo que pagan otras clases.

Se dice que muy luego se volverá á reunir la comision de periodistas encargada de formular las bases definitivas de dicha Asociacion: lo celebramos, y cuanto antes se haga será mejor.

El Sr. Thiers, al recibir á los consejeros generales de los departamentos del Sena y Oise, ha declarado que quiere mantener lealmente la República, para lo cual invita á los hombres de orden á aceptarla, y excita á los republicanos á que contribuyan á sostenerla con su cordura y moderacion.

En el Consistorio verificado en Roma el 27, el Papa ha preconizado diez y ocho arzobispos y treinta y siete obispos, entre ellos algunos italianos.

Segun los periódicos rusos, las seguridades de paz dadas en su discurso al Parlamento por el rey Guillermo son poco tranquilizadoras, y añaden que Prusia aumenta su presupuesto de guerra y procura adquirir una salida en el Mediterráneo.

El conde de Beust ha escrito un Memorandum sobre *La Internacional*, el cual se trasmittirá á Berlin; asimismo prepara un proyecto de ley relativo á dicha cuestion y el nombramiento de una comision de altos empleados y jurisconsultos.

El Senado de Rio-Janeiro ha votado la ley sobre abolicion de la esclavitud; las señoras y el pueblo que ocupaban las tribunas arrojaron flores y coronas á los senadores, y el cuerpo diplomático felicitó al regente que sancionó la ley.

E. RODRIGUEZ SOLIS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1874.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.